

LEWIS R. BINFORD: *En busca del pasado. Descifrando el registro arqueológico.* Ed. Crítica, Barcelona, 1988 (primera edición en inglés, 1983). 283 pág.

Esta amena obra elaborada por uno de los teóricos más relevantes de los últimos tiempos en el campo de la arqueología, está basada en una serie de conferencias dictadas por Binford en Europa durante una visita realizada entre 1980 y 1981.

A través de los distintos temas desarrollados se observa un interés permanente por resaltar algunos postulados que considera básicos e indispensables para el desarrollo de explicaciones válidas del registro arqueológico. De ellos cabe destacar dos: a) la necesidad de recurrir a estudios etnoarqueológicos, de arqueología experimental y de etnohistoria; b) la necesidad de crear un cuerpo sólido de inferencias que permita evaluar subjetivamente las teorías que se presenten. Además señala la gran importancia de los estudios sobre restos de fauna, sobre el uso organizado del espacio y sobre los sistemas ecológicos en vistas al desarrollo de una teoría explicativa en arqueología.

Sólo el estudio de pueblos actuales, según Binford, puede proporcionarnos los nexos existentes entre lo que encontramos en las excavaciones arqueológicas y las condiciones que dieron lugar a su producción. De ahí que pasara años conviviendo con los esquimales de la región norte-central de Alaska, los aborígenes del Desierto Central de Australia, los bosquimanos !Kung de Bostwana y los horticultores nómades del norte de México. "La investigación en el mundo moderno (...) puede convertir nuestras observaciones arqueológicas en explicaciones exactas acerca del pasado".

Considera el autor que la arqueología experimental, por su parte, puede ofrecer valiosas observaciones para la exacta interpretación del registro arqueológico. "Creo firmemente que para hacer inferencias se precisa una metodología sólida y, por el momento, carecemos básicamente de ella". A pesar de que el conjunto de estudios especializados que se realizan con los materiales de un yacimiento es cada vez mayor (estudios de remontaje, de huellas de utilización, de huellas de corte y fracturas en huesos, etc.) "la inexistencia de métodos de infe-

rencia sólidos provoca la acumulación de más y más datos, cuyo significado en términos de clasificación del pasado nos es desconocido. Estos datos normalmente se interpretan mediante el empleo del método de las 'hipótesis de trabajo múltiples'; para decirlo brevemente, reconocemos que las cosas pueden haber ocurrido de esta manera y proponemos juicios sobre lo que nos parece más aceptable" (p. 82). Según Binford es necesario abandonar la idea de que la posibilidad, en sí misma, justifica los significados que otorgamos a las observaciones arqueológicas, y hallar mejores formas de proceder. Considera además que mucho más importante que plantear una serie de supuestos acerca de qué ocurrió en el pasado, es pensar cómo evaluar esas ideas. "¿Cómo sabemos que no existieron otras circunstancias que tuvieron lugar en el pasado y pudieron asimismo haber producido los modelos que observamos en el registro arqueológico?".

Los temas que analiza Binford están ligados a algunos de los "Grandes Interrogantes" cuya respuesta se espera de la arqueología. Uno de los más importantes es el referido al momento en que surgieron comportamientos característicos y distintivos que nos apartan de otros animales y a cómo podemos entender su desarrollo. Otro es el origen de la agricultura y las condiciones que llevaron al hombre a adoptar formas de vida cada vez más sedentarias. Un tercer grupo es el referido a los orígenes de la civilización.

Dos capítulos están dedicados al primero de los interrogantes enunciados. Binford muestra cómo el estudio de los procesos de formación de depósitos permite interpretar su contenido con una base más firme. Basándose en las investigaciones llevadas a cabo por Brain (sobre todo acerca del comportamiento de los leopardos y de las alteraciones de los depósitos de huesos de cabra en los basureros de los hotentotes) y por él mismo (principalmente sus estudios etnoarqueológicos con los indios navajos de Nuevo México), presenta el cambio operado en la concepción de los primeros homínidos. Los estudios geológicos de los yacimientos y de comportamiento del leopardo, la hiena y otros animales, unidos a los análisis de fracturas en huesos y de frecuencias de aparición de los diferentes huesos en cada depósito, llevan a contraponer a la imagen tradicional de un poderoso cazador responsable de grandes acumulaciones de huesos en los sitios donde supuestamente vivía, la de un pequeño carroñero de 40 kg que compite por el consumo del tuétano más que de la carne, y cuyos huesos aparecen junto a los de los demás animales no porque él los hubiera cazado sino porque en realidad había sido la víctima de alguno de ellos. "Según esta nueva interpretación, el *Australopithecus* no vivía necesariamente en el lugar donde se encontraban sus huesos: ¡simplemente fue comido allí!". Opina además que los yacimientos de Africa Oriental no eran áreas domésticas, sino "espacios destinados

a la obtención y consumo de la carne conseguida mediante el carroñeo, y también del tuétano de los huesos".

Otros cuatro capítulos están dedicados a ilustrar algunos aspectos relacionados con las ideas de Binford acerca de la variabilidad del registro arqueológico, la organización del espacio en cada yacimiento y la situación de éstos en el sistema del cual forman parte (fundamentalmente en el caso de cazadores-recolectores). Señala que sus estudios en Alaska confirmaron su idea de que "cada yacimiento presenta una visión parcial y limitada del total de las actividades y depende de su posición dentro de un sistema de comportamiento regional". Aplica entonces este punto de vista para explicar las diferencias existentes entre los conjuntos musterienses: tal variación se debería a que en cada yacimiento el uso del espacio y la tecnología desarrollados por el hombre musteriense eran una respuesta específica a unas circunstancias concretas; en caso de necesidad, las mismas actividades podrían haberse desarrollado en distintos lugares empleando útiles diferentes (Fr. Bordes, por su parte, pensaba que las diferencias entre los conjuntos reflejaban las identidades étnicas de los diversos grupos que los habían realizado). Según Binford, el problema es que la investigación sobre los yacimientos paleolíticos se ha basado en una visión sedentaria del mundo. "Una de las lecciones más importantes que podemos extraer de mi trabajo etnoarqueológico entre los esquimales nunamiut es la necesidad de considerar todos sus yacimientos como parte de un sistema más amplio". El gran desafío para el arqueólogo, entonces es ¿cómo reconocer que estas cosas diferentes halladas en lugares distintos son componentes de un mismo sistema?

Otro de los tópicos tratados es el estudio de la estructura del yacimiento, es decir, el análisis de la distribución espacial de artefactos, restos y fauna en los yacimientos arqueológicos en vistas a la determinación de áreas de actividades. La descripción de los diversos tipos de yacimientos utilizados por los esquimales (de residencia, de procesamiento de carne, estaciones de caza, etc.) y de las áreas que componen cada yacimiento (de almacenamiento de carne, de descuartizamiento, campamentos temporales de caza, etc.), permite apreciar en cada caso la disposición de los elementos y conocer el significado de tal disposición, en vistas a eventuales aplicaciones sobre modelos reconocidos en los registros arqueológicos. Las constantes explicaciones de las situaciones observadas por Binford le permiten volver reiteradamente sobre un punto crucial: la falta de una metodología que permita a los arqueólogos realizar interpretaciones *correctas*. Veamos un ejemplo: "En un yacimiento, del que contamos con una información particularmente buena, la media de la distancia existente entre las residencias de los miembros de la misma unidad social era de unos 90 m. ¿Cómo interpretaría un arqueólogo esta distribución espacial representa-

da por ocupaciones separadas de restos? ¿Como yacimientos diferentes?, ¿como diversos grupos sociales distintos?, o tal como era en realidad, ¿como dos bandas compuestas por diversas familias?

Los dos últimos capítulos están dedicados al origen de la agricultura y de las sociedades complejas. Luego de refutar algunas teorías acerca del origen de la agricultura (por ejemplo la de "instalación de un grupo en un lugar y gradual conocimiento y manipulación de los recursos", o la de baja productividad del medio) propone otra alternativa cuyos elementos esenciales serían la restricción de la movilidad de un grupo por causas culturales, seguida por la concentración de la explotación de los recursos y el aumento de la población; espacio limitado y mayor población darían por resultado la necesidad de establecer algún sistema de producción intensivo (es decir, la agricultura).

En cuanto a las causas del origen de los sistemas complejos, desestima tanto los argumentos redistributivos (que relacionan el desarrollo del poder con la redistribución de productos llevada a cabo por los jefes), como los "comerciales" (por falta de evidencias), y deja una puerta abierta a los argumentos monopolistas (el poder es consecuencia de los monopolios sobre la producción) y del *sistema gran-hombre* (adquisición de status mediante la realización de alianzas con individuos de otras unidades sociales). Se repite entonces el "final triste": "Los arqueólogos desconocen todavía las causas que conducen a las sociedades complejas, los motivos de su aparición". En este caso, "el problema estriba en el limitado número de modelos considerados hasta el momento por los arqueólogos". Para el caso de los orígenes de la agricultura, reconoce que todas las teorías "ideadas por los arqueólogos no son sino meras formas de proporcionar distintos significados al mismo modelo empírico demostrable en el registro arqueológico".

Pasando a otro plano, y con relación a otro aspecto de la teoría, Binford rechaza de plano que los arqueólogos son historiadores especiales que trabajan con la desventaja de no tener registros escritos, o que son "científicos sociales" (porque trabajan con hechos materiales, no "sociales"). Señala que lo más adecuado, entonces, es acercarse a los métodos de las ciencias naturales, porque los científicos naturales "están constantemente preocupados en dar sentido" a las relaciones observadas "y posteriormente evaluar hasta qué punto, en la práctica, es útil la interpretación dada". Pero ¿no es semejante la postura que debe adoptar cualquier investigador, incluido el "científico social"? La perspectiva neopositivista de Binford desprecia la inestimable ayuda que podría brindar un buen dominio de la teoría de las llamadas ciencias sociales (del cual parece carecer), y se acerca a un campo metodológico (el de las ciencias

naturales) que por estar estrechamente vinculado con fuentes y relaciones entre datos radicalmente distintas a las de la arqueología, se torna teóricamente inaplicable. No es por casualidad, entonces, que la confianza de Binford en hallar la explicación *exacta* del registro arqueológico mediante el acercamiento a la metodología de las ciencias naturales se contraste con la impotencia provocada por la ausencia de alguna vía de aplicación probada con fortuna. Es más: esta obra representa una agónica expresión de alguien que no quiere dejar de creer que una *disciplina* que es por naturaleza esencialmente descriptiva, puede tornarse rigurosamente explicativa.

En suma, *En busca del pasado* constituye una ilustrativa introducción al mundo de la etnoarqueología, ofrece una serie de interesantes interpretaciones de registro para algunos interrogantes "tradicionales", alerta acerca de la necesidad de que el arqueólogo aborde la interpretación de sus datos con perspectiva amplia, participa de las reflexiones y profundas dudas de Binford acerca de la posibilidad de reconstruir y explicar correctamente el pasado prehistórico, y de su fallido intento de desestimar el método de "hipótesis de trabajo múltiples", y comunica su firme convicción de que el "final feliz" provendrá, en definitiva, de la metodología de las ciencias naturales.

Eduardo Alejandro García

La contribution de la zoologie et de l'ethologie à l'interpretation de l'art des peuples chasseurs préhistoriques. Tercer Coloquio de la Sociedad Suiza de Ciencias Humanas, editado por H. G. Bandi, W. Huber, M. R. Sauter y B. Sitter. Editions Universitaires Fribourg, 1984. 436 pp.

Desde el descubrimiento y aceptación del arte paleolítico, la zoología jugó un papel importante como base para la identificación de las especies animales representadas. Faltaba, sin embargo, afinar en algunos aspectos como los referidos a edad, sexo, ecología y etología, ciencia esta última desarrollada recién en las últimas décadas. Se pasó en cambio, a principios de nuestro siglo, a la búsqueda de una explicación global de dicho arte, que desembocó en el cuasi-dogma de la magia de caza vigente hasta la década del 60. Con la multiplicación de los hallazgos tanto rupestres como mobiliarios y con el desarrollo de los métodos